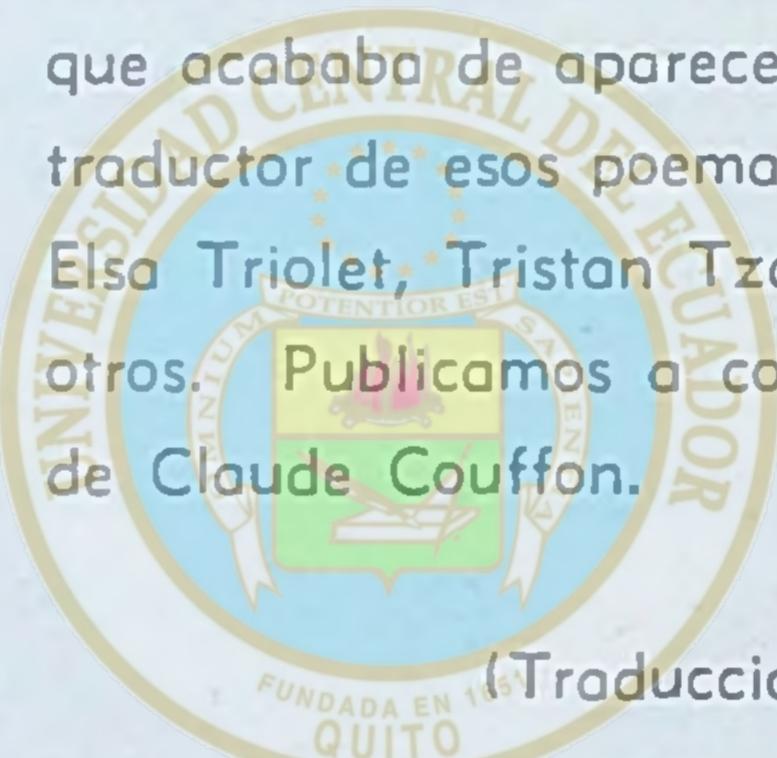


por CLAUDE COUFFON

NICOLAS GUILLEN Y LA GEOGRAFIA SENTIMENTAL

El sábado 29 de enero, en París, el Comité Nacional de Escritores de Francia recibía al gran poeta cubano Nicolás Guillén. El poeta fué presentado por Pierre Seghers, editor de su libro "Chansons Cubaines et Autres Poèmes", que acababa de aparecer en librería, y por Claude Couffon, traductor de esos poemas. Asistieron al acto Louis Aragon, Elsa Triolet, Tristan Tzara, Claude Roy, J. P. Sartre, entre otros. Publicamos a continuación el texto de presentación de Claude Couffon.

(Traducción al español de Juan Liscano)



ÁREA HISTÓRICA
DIFUSIÓN DE LA INFORMACIÓN INTEGRAL

De Nicolás Guillén, dijo el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade que "solo le falta un pañuelo rojo, atado a la cabeza, para revivir la estampa de uno de esos bucaneros que aparecían de tiempo en tiempo en las islas del mar Caribe". La imagen resulta pintoresca pero prefiero, por más exacta, la de Charles Dobzynski cuando le compara a un trotamundos. Pues, para sus amigos, Guillén es sobre todo eso: un poeta trotamundos. Los que se carteán con él lo saben más que nadie. Le escribís a México, donde creeís que reside, y os contesta desde Estocolmo. Le escribís a Estocolmo y os informan que está en Varsovia. Le escribís a Varsovia y está en Moscú. Os alistaís para alcanzarlo en Moscú, y esa misma tarde llega a vuestra puerta, radiante, trepidante, confidencial:

—Sabes, hacía mucho frío, anoche, en Moscú. . . .

México, Estocolmo, Varsovia, Moscú, París. Guillén es el hombre del mundo entero, el testigo profundo y sonrien-

te de los pueblos y de los continentes. Guillén, es una misteriosa y pequeña ciudad de Bulgaria, es el encanto blanco de Moscú, es la hechizante atmósfera de la China de Mao Tsé Toung. Guillén, es toda la América; el sortilegio negro de Barlovento, la desencantada melopea de un bogador sobre el Magdalena, el canto nostálgico de los mineros de Chile, el himno desesperado de los campesinos de Guatemala que caen bajo los golpes de los "traficantes de lágrimas y de bananos".

Guillén no llega a una ciudad en son de turista indiferente o simplemente como algún curioso interesado en las riquezas artísticas que en ella se encuentran. Guillén se mezcla con el pueblo que le rodea, se confunde con ese pueblo y muy pronto se produce el milagro: el pueblo le reconoce, reconoce a su poeta y se convierte en su amigo. Nace, de inmediato, una irresistible y cálida simpatía. Recuerdo que cuando Guillén llegó a París, el pasado invierno, fuí a visitarle a su pequeño hotel del Barrio Latino. Contaba apenas unos días de estar con nosotros. Pero ya, a lo largo del boulevard Saint-Michel por donde bajábamos envueltos en el aire helado del atardecer, todos le conocían y le saludaban alegremente: "¡Nicolás! ¡Nicolás!". Debe haber sido así, creo, como en 1935, España saludaba también a su gran poeta: "¡Federico! ¡Federico!".

Guillén, como Lorca, escribe sus versos por la calle. Un encuentro, una sonrisa, un estribillo que le alcanza desde una ventana abierta, la noticia que pregonó un vendedor de periódicos, y nace el poema. No cabe, aquí, hablar de "torres de marfil". Guillén escribe en todos los rincones del planeta, en medio de la simpatía de sus amigos, esa simpatía simple y calurosa que él sabe despertar en torno suyo. Capta la nota dramática, profunda o humorística de cada país y la vierte en un poema que contiene el alma misma de ese país. Me atrevo a asegurar que con la obra de Guillén se podría elaborar una excelente geografía sentimental.

Pero Guillén es sobre todo Cuba. "Cuba es un punto de la tierra rodeado por todas partes por el mar y por la poesía de Nicolás Guillén" escribió en alguna parte Pablo Neruda. En efecto, desde 1930, fecha en que aparecieron los **Motivos de Son**, la isla está siempre presente en la obra del poeta. Pero la isla de Guillén no es la tierra verde, ingenua, cantada por los otros poetas, Emilio Ballagás, Eugenio Florit o Mariano Brull. La isla de Guillén, es la tierra de los hu-

mildes, de los que andan descalzos, de los esclavos de la caña, de

"los que ante el maúser exclaman: ¡Hermanos soldados! y ruedan heridos con un hilo rojo en los labios morados".

Es fácil comprender que Guillén porque denunció el dolor del pueblo cubano, porque cantó su odio y su esperanza, se haya convertido en el símbolo de ese pueblo.

•

Cuando manifesté mi intención de traducir la obra de Guillén, muchos especialistas de la lengua española me señalaron la dificultad de volcar al francés aquellos ritmos, aquellas onomatopeyas "intraducibles por excelencia". A pesar de todo quise intentar esa experiencia. Debo confesar que las circunstancias me ayudaron admirablemente. Cuando empecé la traducción de las **Canciones Cubanas**, acababa de terminar la de **Poemas** de García Lorca. Aún me envolvía el ritmo de las canciones del poeta español, tan próximo, lo he dicho ya, de Guillén. Apenas noté la diferencia.

También obró para mí el "clima". En efecto, estaba entonces en la costa andaluza, en esa inmensa vega que orilla el mar en torno a Málaga. Frente a mí se extendía hasta perderse de vista un paisaje indéntico al de Cuba, un paisaje hostil de cañaveral. En ese paisaje vivía un pueblo cuyo destino se confundía con el del pueblo cubano, un pueblo oprimido, escarnecido, entregado a la arbitrariedad de "coroneles de terracota", como dijera el propio Guillén, de "políticos de quita y pon" —eran los Serrano Suñer, los Giron, los Lequerica. Alumbrando esa miseria, era el mismo "cielo de azul callado" que "mira impasible su duelo". Metido en la atmósfera de Cuba me encontraba, no tuve que buscar en francés las palabras de cólera, de violencia, de odio, de desprecio, también de amor, de Guillén. Lejos de bibliotecas y de diccionarios, pero cerca de un pueblo poeta y miserable, pude lograr, sin dificultad, que renacieran los ritmos populares de los "sones".

Y si a veces, al caer de la tarde, en medio de los rayos posteriores del fuego del sol andaluz, la traducción de un poe-

ma se detenía, se tornaba difícil, veía muy pronto aparecer sobre las páginas del libro, cerca del verso rebelde, el noble rostro moreno de Guillén y oía su voz tan grave:

—¿Difícil, verdad? me decía.

Pero la traducción se ponía en marcha.

Tres meses más tarde, es decir ayer, Pierre Seghers publicaba las **Canciones Cubanasy Otros Poemas**.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL